R. 9. 126

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

Un amor de Lope de Vega desconocido

La «Marfisa» de la «Dorotea»

MADRID
1 9 3 5

Un amor de Lope de Vega desconocido

La "Marfisa" de "La Dorotea"

Al ilustre lopista D. Agustín G. de Amezúa, en prueba de admiración y amistad.

1

¡Un amor de Lope de Vega desconocido! Me imagino el gesto de asombro de quienes, enterados de la vida del *Fénix*, se enfrenten con este trabajo.

¡Pero...! Sí, eso es, un amor de Lope de Vega desconocido..., y los que queden aún por conocer. Ni nos hagamos ilusiones de haberlos descubierto todos, ni nos asombremos de ellos. ¿No hemos quedado con Cervantes—con el clarividente Cervantes—en que Lope fué un «Monstruo de Naturaleza»? Pues entonces nada que en él se salga de lo frecuente debe extrañarnos. Acaso así es como únicamente llegaremos a comprenderle alguna vez. Sigamos.

Un amor de Lope nuevo. Otra sombra femenina en el desfile erótico que contemplamos a través de su alma y a lo largo de su obra. Pero, a la vez, otro nombre poético de ésta, que deja de ser imaginativo para recobrar su valor humano. Una mujer más en la vida amorosa de Lope y un personaje menos en su creación literaria.

Así es. No siempre la vida del *Fénix*, con sus aventuras maravillosas y sus acaecimientos novelescos, ha de convertírsenos en literatura cuando la narramos. También su obra, llena de fondo humano y observación vital, se hace a veces corpórea y sus personajes reclaman imperiosamente un puesto en la historia, un lugar en la biografía del poeta, a que les da derecho el documento ári-

do, pero evidente, o el dato nimio, pero revelador. Lope idealizó su vida y la de su época en la literatura. Admirémosle. Mas procuremos deslindar una y otra para admirarle aun con mayor fervor por lo que vivió y el genio que tuvo para hacerlo arte.

Esa literatura que a la luz de la crítica histórica de los documentos se le convierte a Lope en biografía, tiene su base fundamental en *La Dorotea*, donde el *Fénix* quiso simbolizar y recrear literariamente lo mejor de su vida, no siempre tal como fué, sino como hubiera querido que fuese (1).

Tengo reciente la lectura de un artículo de Montesinos (2), donde con agudeza—un poco nerviosa, pero fina—se arremete contra quienes sólo estudian *La Dorotea* como «documento fehaciente, *la pura verdad* o la verdad casi pura», y desdeñan su apreciación estética como creación literaria.

Lamento tener que ser de los primeros en este caso, ya que el arte es más grato que la historia y el apreciarlo es cuestión de tener o no sensibilidad, y no de trabajo; pero lo que aquí escribo así lo requiere. Trato de identificar a uno de los personajes de la famosa obra de Lope, basándome en nuevos datos hallados por mí.

Porque el valor histórico de *La Dorotea* es innegable, aun cuando aparezca embellecido por la creación literaria. Bien está este párrafo de Lope que cita Montesinos (3): «[Hay] algunos melindrosos catones que, en viendo en las comedias un galán muy tierno, presumen que el poeta imita sus costumbres mismas, censura indigna de hombres cuerdos que de las cosas naturales hacen milagros» (4). Conforme en que Lope, hábilmente, quiso

---

(1) No olvidemos que *La Dorotea* es obra de los últimos años de Lope. Suponiendo verídica la pérdida del manuscrito, comenzado en 1588, es evidente que, en conjunto, fué redactada totalmente antes de publicarse, en 1632. Así, no es de extrañar que los hechos, siendo verdaderos, aparezcan desvanecidos de contorno y de detalle por el afán noble de idealizarlos, y que en muchos casos se observe claramente una superposición y refundición de acontecimientos y sensaciones que, sucedidos en distintas épocas, tenían para Lope clarísimas afinidades.

(2) *Lope, figura del donaire.* (En *Cruz y Raya*, núms. 23 y 24, febrero-marzo de 1935, págs. 53-85.)

(3) Art. cit., pág. 55.

(4) Edic. Juliá Martínez. Madrid. 1935, t. I., pág. 55.

exaltar la poesía, o mejor, confesar la poesía; y más, digo, yo, en que quiso escamotear su intimidad de las gentes, dejándola una posibilidad de escapar con una negativa; pero tampoco olvidemos unas líneas del final, en que Lope exclama con irrefrenable sinceridad: «No quiso el poeta faltar a la verdad, porque lo fué la historia» (1).

Quedemos, pues, en que el relato de *La Dorotea*, como ya dijo Menéndez y Pelayo, tiene carácter «rigurosamente histórico» (2), y que, por lo tanto, es lícito aprovecharlo para completar—salvando las fantásticas adiciones puramente literarias—lo que se pruebe documentalmente, como ya hicieron, entre otros, Tomillo y Pérez Pastor (3). Lope, como observa muy bien Montesinos, es la figura del donaire correspondiente al protagonista de su obra; pero no por eso dejan de coincidir ambos, como en la dualidad de personajes del teatro clásico, en los rasgos esenciales de sus acciones, ni la biografía del *Fénix* con *La Dorotea*. Identificados en ésta la protagonista con Elena Osorio, *Teodora* con su madre, Inés Osorio; *Fernando* con Lope, *Don Bela* con Francisco Perrenot de Granvela, y *César*, el astrólogo, con Luis Rosicler, el cuñado del *Fénix*, sólo quedaban como personajes, no coincidentes con seres verdaderos, *Julio* y *Ludovico*, amigos de Lope (4); *Gerarda*,

---

(1) Idem. Juliá, II. 187.

(2) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, tomo II. Madrid, 1921 (página 124). Rennert y Castro, en su *Vida de Lope de Vega* (Madrid, 1919, página 7), opinan, de modo análogo, que el texto de *La Dorotea*, «en su mayor parte, es indudablemente autobiográfico».

(3) *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*. Madrid, 1901.

(4) Me parece acertado La Barrera en su *Nueva biografía de Lope* (Madrid, 1890, pág. 20, n. 3), cuando niega la identificación de *Julio*, ayo y consejero de *Fernando*, que fué a Alcalá acompañando a éste cuando tenía diez que era de menos edad que el poeta, ya que se bautizó en Madrid en 29 de años y él «tendría entonces veinte», con Claudio Conde, el inseparable de Lope, julio de 1566. (Véase Millé y Giménez: *La juventud de Lope de Vega*, en *Estudios de Literatura Española*, La Plata, 1928, pág. 59.) Pero, a mi vez, no debo callar una suposición que, si me es imposible probarla documentalmente, tampoco carece de probabilidad, y es la de que *Julio* se haya concebido pensando en Vicente Espinel, que tenía alrededor de veinte años cuando Lope tenía diez (nació en 1550), y fué su maestro en los primeros años de su vida.

Respecto de *Ludovico*, tampoco pudiera ser imposible que aludiera, dentro de la idealización literaria, a Luis de Vargas Manrique, también aficio-

o la pura invención literaria (1), y con interés primordial, *Marfisa*, la rival de *Dorotea* y segunda dama de la gran comedia humana que vivió y escribió Lope de Vega.

Marfisa, no obstante su papel principalísimo, permanecía hasta ahora en la sombra. Casi era el único personaje de *La Dorotea*, como se ha visto, que quedaba indeciso entre la literatura y lo humano. Sólo a fuerza de reflejar como un espejo la existencia real de la protagonista había logrado vagos matices históricos por los que algunos sospechaban en ella algo más que una pura creación literaria (2). Lo cierto es que nadie había hallado elemen-

---

nado a letras e íntimo de Lope por aquella época. (Véase Millé y Giménez: *Ob. cit.*, pág. 61.)

(1) Me parece, en cambio, absurdo todo intento de identificación de *Gerarda* con persona real y existente. Nada importaría que Lope hubiera tomado tal o cual rasgo suyo de la realidad cotidiana para que este personaje tenga afianzamiento literario indestructible en *La Celestina*. *Gerarda* es, sin duda, el personaje creado, por excelencia, de *La Dorotea*, cuya fuerza literaria, ya topicista, llega a contaminar a *Teodora* misma en algunos momentos del diálogo.

(2) «Su existencia real, fuese o no parienta de parientes de Lope, parece probable, porque su retrato está delineado con análogos caracteres que en *La Dorotea*, en varios relatos autobiográficos escritos por el poeta en épocas distintas. Demos, pues, por muy creíble su existencia y su intervención en la trama de este complicado episodio [los amores con Elena Osorio]; pero no entremos más adelante en el camino de las suposiciones.» (Millé y Giménez: *La juventud de Lope de Vega*, en *Estudios de Literatura Española*, La Plata, 1928.) «No fué el de *Filis* el primer afecto de Lope de Vega (en *La Dorotea* se nos habla de una *Marfisa* pariente suya, «primer sujeto de mi amor en la primavera de mis años», a quien aún no ha sido posible identificar documentalmente, pero sí el primero que dejó honda huella en la producción literaria del poeta.» (Gómez Ocerín y Tenreiro: Id. *Comedias* de Lope de Vega, II. Madrid, 1931, pág. 12.) «El nombre de Marfisa resulta lampo fugaz cuyo verdadero carácter nos es desconocido. ¿Una ilusión infantil? ¿Un idilio frustrado? ¿Una aventura significativa?» (Juliá Martínez: Id. *Obras dramáticas escogidas*, de Lope de Vega, t. I. Madrid, 1934, capítulo XIV.)

«No sabemos quién fuese la desgraciada Marfisa.» (Rennert y Castro: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919, pág. 52.) ¿Quién podrá ser esta Marfisa relacionada con Lope en el período referido?» (Sánchez Estevan: *Frey Lope Félix de Vega*. Barcelona [1931], pág. 59.) Ni La Barrera en su *Nueva biografía*, ni Tomillo y Pérez Pastor en su *Proceso*, ya citados, que estudian minuciosamente *La Dorotea*, se preocuparon de identificar a Marfisa, ni aun

tos para identificar este amor de Lope ni para deducir la huella que dejó en su alma y en su vida. Pero hoy ya me parece que puedo lograr esto en el presente trabajo.

Y me parece también que no carece de interés, y aun de importancia, la identificación de Marfisa y, a la vez, el hallazgo de un amor de Lope desconocido, que es un nuevo capítulo de la biografía más extraordinaria que pueda concebirse con refrendo histórico. Prescindiendo del escritor, Lope, psicológicamente, es un superhumano tan fecundo como aquél, y su complejo erótico está pleno de sugestión y singularidad. La vida amorosa de Lope constituye un tema tan digno de estudio como cualquiera de sus obras, si es que no consideramos aquélla como la más profundamente humana que creó (1). Pero para llegar a conocerla es preciso averiguar sus menores detalles con investigaciones de esta clase. Es imprescindible la demorada y paciente reconstrucción erudita, donde con el espíritu en tensión inductiva y deductiva y la memoria y la mente torturadas sin piedad, se afinan la sensibilidad y la razón hasta que de los vagos y escuetos elementos documentales se alza un fragmento histórico más de lo borrado a través del tiempo (2).

Esto ha habido que hacer aquí. Ocupación pesada y fatigosa.

---

conjeturalmente. En obras modernas también hay esta ausencia inexplicable. Vossler, en *Lope de Vega y su tiempo* (Madrid, 1933), ni alude a que pudiera ser un personaje real, y Carayon en su *Lope de Vega* (París, [1929], ni la cita siquiera como personaje. Pero más extraño aún es que Icaza, en *Lope de Vega, sus amores y sus odios* (Madrid, s. a.), prescindiera totalmente de ella, aunque el tema bien requería lo contrario. Otras obras de menor cuantía hacen lo mismo.

(1) Espero, publicadas estas y otras aportaciones documentales, que me será posible redactar, con cierta posibilidad de no dejar lagunas importantes, *La vida amorosa de Lope de Vega*, cuyos materiales tengo ya reunidos y ordenados, aguardando los que faltan. Y espero también que, a través de ella, aparezcan con rasgos claros y sinceros el panorama del alma de Lope, libre de los consabidos tópicos de origen admiratorio o improvisado y sus conceptos complejos, contradictorios, peculiares, del amor y de la mujer.

(2) Ya sé que hay algunos—pocos, por fortuna—que no opinan así de estos trabajos. Consideran que la erudición—concepto oscuro en su mente—se consigue y se ejercita a fuerza de horas de asiento y que el erudito e investigador es incapaz de crear ni de sentir la literatura y el arte puros. Unos hablan así porque intentaron tales trabajos sin lograrlos. Otros, por-

Si la fortuna me ha acompañado en ella, considero leve mi trabajo. Si se juzga que no, ello me animará a continuar como siempre mi labor con más ahinco y entusiasmo que nunca, porque en el desengaño se templa la vocación y sólo a fuerza de intentar se logra construir conscientemente.

2.

Hace ya algún tiempo que, rebuscando en los viejos libros del Archivo parroquial de San Ginés, la famosa iglesia madrileña, hallé un documento (1) cuya lectura causó en mí verdadera emoción histórica, por la importancia del hallazgo para la biografía de Lope de Vega que voy reconstruyendo desde hace varios años.

Era una lacónica partida donde se decía que el 2 de enero de 1581 se bautizó en aquel templo una niña a quien se impuso el nombre de Manuela, cuyos padres eran Lope de Vega y doña María de Aragón. Apadrinaron a la criatura Francisco de Oviedo y Ana de Bonilla, y de testigos actuaron Pedro Sánchez y Sebastián Martín, según el testimonio del Licenciado Delgado, cura de la parroquia.

Sobre estos escuetos datos hube de comenzar una larga investigación, que ha esclarecido lo más posible cuanto refería la simple lectura del documento. Comentémoslo.

Este Lope de Vega que allí aparece le conocemos todos, aunque no tanto como quisiéramos, en esa primera época de su juventud. Es el muchacho precoz e impaciente de vivir que no hace mucho abandonó la Universidad de Alcalá de Henares, y con ella los estudios sacerdotales a que le inclinó un día su protector, el Obispo don Jerónimo Manrique de Lara, quién sabe tras cuáles irresistibles impulsos de amores o de afanes de horizontes indefinidos...

---

que, siendo autores de cualquier cursilería en prosa o en verso, «sacada de su cabeza», como dicen—lo que nadie que les lea puede discutir—, y no de datos ningunos, se sienten inmortales. Pues bien: para unos y para otros, el más inquebrantable apartamiento y la indiferencia más absoluta.

(1) Véanse el *Apéndice documental*, I, y la reproducción fotográfica que se inserta en estas páginas.

1581

manuela

en dis del mes de enero de 1584 años se
uautizo manuela hija de lope de vega
y de doña ana de aragon fueron padrinos
fran.co de miedo y ana de uonilla t.os jo
sanchez y sebastian martin

Hernando
delgado

Este Lope de Vega es el que comienza a escribir y a figurar como poeta en Madrid, junto con una cáfila de ellos, amigotes suyos, harto conocida por sus escándalos y locuras. Aún este Lope de Vega no ha sido picado del deseo de nobleza. Todavía, como en documentos familiares anteriores, no figura en éste el Carpio, sonoro de hidalguía (1). Aún no es el Lope de Vega Carpio que presume de caballero y poeta de afición en el proceso por libelos contra unos cómicos en 1587. Todo un mundo de vida y de arte está empezando a abrirse ante sus ojos impacientes y atónitos.

Doña María de Aragón (2) no es tampoco noble, aunque el tra-

---

(1) Véanse las partidas de nacimiento de Lope y sus hermanos (Rennert y Castro, *Ob. cit.*, págs. 2, n. 1, y 5, n. 1 y 2) y de defunción de sus padres (ídem, íd., págs. 3, n. 2, y 4, n. 1), etc. El apellido Carpio no lo usa Lope hasta que por apetencias de nobleza se lo busca más tarde. (Cfr. Entrambasaguas: *Los famosos libelos contra unos cómicos*, Valladolid, 1933, pág. 3) Recuérdense los burlas de Góngora con motivo del escudo de los Carpios en *La Arcadia*. Lo usó también—con exclusión frecuente del Vega—su hermana Isabel, ya mayor. La procedencia de dicho apellido y el derecho de Lope a usarlo aparecen bastante turbios. (Cfr. Rennert y Castro: *Ob. cit.*, pág. 3, n. 2 y 6.)

(2) El nombre de María de Aragón lo hallamos en personas coetáneas de Lope, que no son, en modo alguno, identificables con la que figura en el documento descubierto.

Doña María de Aragón se llamó la célebre fundadora del Colegio de su nombre, de religiosos calzados de la Orden de San Agustín, de Madrid, señora de noble linaje y dama de la Reina doña Ana, cuarta esposa de Felipe II, quien la autorizó, por cédula dada en Elvas (Portugal), en 20 de enero de 1581, para que edificara el citado Colegio en terrenos reales que habían pertenecido antes a la Orden de San Benito, del Monasterio de San Martín, cerca de la fuente de Leganitos. Se inauguró el edificio en 3 de abril de 1590, pero no se terminó hasta 1599, por los herederos de la fundadora. En 1820 se convirtió en la Cámara Unica, y en 1835 en el actual palacio del Senado. Por cierto que, habiendo sido el Greco quien se encargó de ejecutar el retablo y las pinturas de la iglesia—hoy perdidos—, como al genial artista no se le pagaran los 65.300 reales en que se había concertado la obra, hubo de poner pleito a doña María de Aragón, y le embargó los bienes, hasta que, a petición de los albaceas de ésta, levantó el embargo, en 22 de junio de 1599, con esperanza, tal vez, de cobrar más fácilmente.

Creo que no será necesario insistir sobre la imposibilidad de identificar a esta señora, cuyo nombre verdadero era el de doña María de Córdoba y Aragón, con la amante de Lope. La diferencia de años —murió el 5 de septiembre de 1593, de respetable edad—y el ambiente social en que se des-

tamiento lo haga sospechar. Es burguesa, rica, y de familia que anda junto a Palacio. Sus padres, Jaques o Jácome de Amberes, flamenco, y María de Aragón, son panaderos de Corte, al servicio de la Emperatriz doña María (1), que, viuda de Maximiliano II, y habiéndose trasladado a España, junto a su hermano Felipe II, habita entonces en el ilustre convento de las Descalzas Reales de Madrid, fundado por su otra hermana doña Juana, madre del Rey don Sebastián de Portugal.

La casa de los Aragón y la panadería—importante y popular en Madrid (2)—están situadas más allá del convento de Nuestra Señora de la Piedad, de monjas bernardas, llamadas «Vallecas», esto es, aproximadamente, hacia la mitad del primer trozo de la calle de Alcalá, y son de su propiedad (3).

No es extraño, pues, que a María de Aragón, hija única, al parecer, y de posición económica desahogada, casi se la tenga por una dama cuando surgen sus amores con Lope de Vega (4).

Nada sabemos de cómo se desarrollaron éstos, aparte el documento aludido; pero no es difícil hacer algunas conjeturas y de-

---

envuelve, bien a las claras están, sin necesidad de añadir que además ni vivió en la demarcación parroquial donde se bautizó la hija de Lope, ni el escándalo la hubiera permitido la protección real al poco tiempo, ni es lo propio andarse en amores de esa índole una dama reconocidamente virtuosa que anda madurando proyectos de fundar un convento.

Feligresa de San Ginés hallamos otra María de Aragón, casada con Alonso de Guzmán, a quien nombró su heredero en 8 de mayo de 1622, y murió en 6 de agosto del mismo año. Era natural de Covarrubias (Toledo) y vivía en la calle de los Jardines, de Madrid, adonde debió de llegar ya casada y en fecha muy posterior a la de los amores de Lope, por lo cual queda descartada también de ser la posible amante del poeta. (Véanse en el Archivo parroquial de San Ginés: *Defunciones*, t. III, fol. 69 vto., y en el de Protocolos de Madrid el de *Tomás Ramírez*, 1622, 8 de mayo y sigts.)

(1) Véase *Apéndice documental*, III, IV, V, VI y VII.

(2) Se la citaba como conocidísima. (Véase *Apéndice documental*, II y VII.)

(3) Véase *Apéndice documental*, IV y VI.

(4) Inevitablemente, la persona de María de Aragón me recuerda la de doña Juana de Guardo, la segunda mujer de Lope, hija, como ella, de un rico industrial y encumbrada por sus dineros; pero tan distintas en la vida del *Fénix*, aunque ambas coincidieran también en otra cosa, en preceder a sendas pasiones del poeta—*Filis* y *Amarilis*, respectivamente—que fueron las más profundas a que se entregó.

ducciones, de ese y los demás datos, que nos permitan imaginarnos este episodio de la vida de Lope.

El poeta, de diecinueve años, apuesto y decidido, como siempre fué, enamoraría a María de Aragón, cuando vino a Madrid, a mediados de 1579 o al comenzar 1580, pero siempre antes del mes de marzo de este último año (1). Ella no tardaría en rendirse, como tantas otras habían de hacerlo más tarde, ante galán de tan buenas partes—según entonces se decía—, y Lope pondría todo su ardor y su entusiasmo característicos en lograr esta conquista juvenil.

Pero aquellos amores, que podrían haber tenido un fin satisfactorio—si tal puede llamarse al casamiento—, sólo produjeron al cabo dolor y vergüenza. María de Aragón era soltera (2), y en la familia, que soñaría con casarla elevándola a otra clase social mejor que la suya, por sus dineros, debió de producir hondo pesar el nacimiento de aquella criatura, hija ilegítima de unos amores fugaces, en que el galán, seguramente, ya se habría desentendido de la madre cuando nació (3).

Es de suponer que el asunto, a pesar de que se sabría de muchos, transcurrió en todo lo posible oculto. Trasciende de algunos detalles del documento que creo oportuno destacar.

Nacería la niña el 1 de enero de 1581. Con urgencia indiferente se le impuso el santo del día, a pesar de no usarse entonces fre-

---

(1) Téngase presente que la hija de ambos nace en enero de 1581.

(2) No he hallado en el Archivo parroquial de San Ginés, a cuya feligresía perteneció desde muchos años antes, seguramente, partida alguna de casamiento donde figure su nombre. Y no ha de olvidarse que sus padres ejercían en la misma casa su profesión desde antiguo. Tampoco he hallado su partida de bautismo; pero se trata de fecha muy anterior, y es muy posible que no naciera en la demarcación de la parroquia, aunque ingresara en ella de muy niña.

(3) Parece lo más probable que Lope no esperara, dado su modo de ser, el desarrollo de los acontecimientos. En seguida le hallamos estudiando en Salamanca, según la aceptabilísima opinión del P. Hornedo, y luego en la expedición a las Terceras. Acaso un deseo de huir y de ocultarse fuera el motivo —hasta ahora inexplicable— de incorporarse a esta expedición naval. No ha de pensarse en que Lope raptara a María de Aragón como a Isabel de Urbina, su primera mujer, porque le habría sobrevenido un proceso igual que aquél, del cual tendríamos noticias, sin duda. Además, ya se ve que María de Aragón, al ser madre, no había dejado la demarcación de la parroquia.

cuentemente por las mujeres, y sin perder tiempo, al día siguiente, fué llevada a bautizar por los que figuran como padrinos en la partida.

Ambos, Ana de Bonilla y Francisco de Oviedo, sin indicación de estado, profesión, o domicilio al menos, contra lo corriente, según se ve por otras partidas análogas, no dejan de tener cierto tufillo picaresco de encubridores o terceros (1). Allá harían la inscripción de la niña como se les ocurrió, con los datos que habrían oído, sin pararse en barras—bien es verdad que no se exigía entonces, en tales casos, documentación probatoria ninguna—y tratando de doña a la infeliz mujer que acababa de dar a luz, tal vez fuera de su casa, entre gentes extrañas como ellos, porque el secreto les sería pagado, sin duda, con esplendidez señoril. Los testigos figuran a menudo en otras partidas, y serían del servicio de la parroquia o de los llamados «hombres buenos», dispuestos, por unas monedas, a testificar lo más inverosímil. Por remate, no figura el domicilio y profesión de los padres, contra lo que era costumbre hacer en los casos corrientes, y al nombre de la niña no siguen las palabras sacramentales de «hija legítima de», siempre empleadas.

Así aparece esta inscripción bautismal, sin antecedentes ni consecuentes familiares, en que los nombres de Lope de Vega y de María de Aragón sólo se encuentran juntos en un momento de sus vidas, y aun figuran por eventuales circunstancias.

No obstante, los honrados industriales flamencos se resignarían con su desgracia. Si no en seguida, al poco tiempo pudo volver a su casa aquella hija única, con la de sus tristes amores, que murió a los cuatro años y meses. Así se trasluce de una breve partida del libro de difuntos de San Ginés de 1585, donde se indica la muerte de «una criatura de casa de Aragón»—sin nombre de ella ni de sus padres—, acaecida en 11 de agosto de aquel año (2).

---

(1) El Francisco de Oviedo pudiera ser un homónimo suyo, natural de Pancorbo (Burgos), hijo de Alonso de Oviedo y de María López, que se amonestó en 12, 15 y 16 de agosto de 1612 con Catalina de la Fuente, natural de Auñón (Guadalajara) e hija de Luis de la Fuente y de otra María López. (Véase el *Apéndice documental,* VIII.) Nótese que tampoco se indica domicilio ni profesión. De Ana de Bonilla nada he hallado. Acaso el mismo nombre fuera falso o alterado en algo.

(2) Véase el *Apéndice documental,* II.

Aunque es más probable que se sucedieran de otro modo los acontecimientos. La madre y homónima de María de Aragón debió de morir al poco tiempo, pues Jaques de Amberes, su marido, volvió a casarse con una tal Lebina o Livinia, flamenca seguramente (1), y ya había muerto antes de 1592 (2). Por tanto, es posible que estos sucesos tuvieran lugar de 1581 a 1585, lo cual no es inverosímil, y María de Aragón regresara a su casa familiar muertos ya sus padres.

Sea como fuere, desaparecida aquella primera hija de Lope de Vega y entregado éste a la ciega locura de sus amores con Elena Osorio, la familia de María de Aragón, o esta misma si estaba ya sola, pensaron en reparar cuanto fuera posible el desaguisado, buscando un marido que supliera al soñado, tal vez, en otro tiempo.

Habrían pasado once años y medio desde el nacimiento de la que pudo haber sido llamada Manuela de Vega y Aragón, cuando hallamos amonestándose en la misma parroquia de San Ginés a María de Jaques —esto es, María de Aragón (3)— con Juan o Hans Uquer (4), natural de Bruselas, en Flandes, e hijo de Rolando

---

(1) En el manuscrito se lee Lebina; pero sospecho que fuera Livinia, nombre flamenco frecuente. Esta segunda mujer de Jaques de Amberes debió de quedar viuda, aunque no sobrevivió mucho a su marido, pues ya no existía en 1608. (Véase el *Apéndice documental*, VI.)

(2) En la partida de casamiento de su hija, donde no figura como asistente, se dice «que *vivió* más allá de las Vallecas». (Véase el *Apéndice documental*, IV.)

(3) No debe pensarse que se trató aquí de ocultar el nombre de la amonestada, desfigurándolo. Simplemente se cumplió esta vez la regla general de llamar a los hijos por el apellido del padre, que así pareció a los de la parroquia el nombre de aquél, exótico en España. La identificación de María de Jaques con María de Aragón no ofrece dificultad, leyendo el documento y los que siguen. (Véase el *Apéndice documental*, III, IV y V.)

(4) La pronunciación castellana alteraba profundamente los nombres extranjeros que se difundían por España. El de este personaje aparece de las siguientes formas (véase el *Apéndice documental*): *Juan Uquez* (III), *Juan Acquier* (IV), *Juan Oquiel* (V); *Ance de Arquer, An de Unquer, An de Uquer, Ans de Uquer* (VI) y *Ansuquer* (VII), que aun teniendo evidentes puntos de contacto comunes fonéticamente, no permiten identificar con certeza la forma original del apellido, por lo cual adopta la más frecuente. El nombre sería seguramente Hans, que con *h* aspirada semejaría el español Juan.

Uquer y Juana Flamenca, los días 30 de agosto y 6 y 8 de septiembre de 1592 (1).

No es difícil imaginarse cómo se llegó a esto. Uquer, recién llegado, seguramente, de su tierra, blando a los bienes de la hija de su compatriota Jaques de Amberes, no tuvo inconveniente en casarse con ella. Si se llegó a enterar de que otro le había precedido en llamar a aquella puerta, hizo la vista gorda y apencó con todo. Pero lo más probable es que acaso ni llegaron a sus oídos, poco habituados al español, las consabidas murmuraciones, y que cuando las entendiera ya fuera tarde.

Celebróse, al fin, el matrimonio de María de Aragón con Uquer, el día 23 de septiembre de 1592, si bien no se velaron hasta el 21 de febrero de 1593, y asistieron a ambas ceremonias, de testigos, Francisco Hernández, Mateo Martínez, Jaquet Pomen, Enrique Maleot, Francisco Corbon y Pedro Castanier, «y otros muchos», principalmente flamencos, según revelan los apellidos (2).

Aquel matrimonio—reservas espirituales, intereses materiales— no podía ser feliz y no lo fué. La falta de hijos le desuniría aún más. Hay datos que descubren tras su pequeñez todo un ambiente de realidad (3).

A Uquer no se le dió dote; pero de la legítima ya heredada de su madre —después de muerta su madrastra— por María de Aragón se le hizo entrega de doscientos ducados, en sustitución de lo que debía haber percibido al casarse (4).

¿Llegó a enterarse el marido de los amores de su mujer con Lope y fué creciendo su desprecio hacia ella, injustamente, ya que el tiempo no ha de aumentar el pecado, sino que debe borrarlo? ¿Le llevó su desenfado—llamémoslo así—a aprovecharse de su situación para abusar como amo y señor de aquella desgraciada?

---

(1) Véase el *Apéndice documental*, III.

(2) Véase el *Apéndice documental* IV y V. Transcribo los apellidos flamencos como aparecen en el original, aunque no sería muy difícil reconstruir algunos.

(3) Basta leer detenidamente los documentos publicados. Conociendo la época, el ambiente y la fina semántica emotiva de nuestro idioma, infinitos datos se revelan entre líneas que, si no están demostrados, tampoco es lícito negar.

(4) Véase el *Apéndice documental*, VI.

Nada de estas sutilidades de vida humana se recogen en los documentos. Hay que imaginárselas individualmente, según la sensibilidad del lector de ellos.

El caso es que las cosas fueron de mal en peor. La casa de los Aragón, de industria floreciente, comenzó a hundirse. Posiblemente, el marido derrocharía aquella hacienda, suya a cambio de la que él juzgaba tal vez su dignidad varonil. Las deudas y los empeños comenzaron. La antigua amada de Lope de Vega conoció, seguramente, días de miseria. Llegó a pedir dineros prestados sobre ropas y enseres, algunos personales. A la vez, su padre había dejado deudores que no le pagaban, entre ellos los gajes de la panadería de la Emperatriz doña María de Austria, y varios maravedís por pan de Jerónimo de Roesta (1).

La infeliz mujer no pudo resistir, a no dudar, tantas y tan diversas desventuras. Acaso hasta tuvo que abandonar su casa familiar. Cuando enfermó vivía en casa de su tía Juana de Aragón, casada con Fabricio de Mora (2), que la atendió y costeó los gastos de su enfermedad hasta su muerte, acaecida en 6 de septiembre de 1608, precisamente cuando su antiguo amante, en la cumbre de su fama y de su gloria, *Fénix de los ingenios españoles*, gestionaba la publicación de la *Jerusalén conquistada*, su poema más famoso y discutido, y perdía el seso más que nunca por la hermosa comedianta Micaela Luján, la *Camila Lucinda* de sus versos (3).

Un día antes de morir, el 5 de septiembre de 1608, hacía testamento María de Aragón ante el escribano Pedro González de la Vega y los testigos Diego de Carranza, Pedro de Cuenca y Pedro

---

(1) Véase el *Apéndice documental*, VI.

(2) Vivían en las casas de Juan López de Letona, sastre, enfrente de las casas de don Juan Hurtado, «en la calle que sube desta iglesia [de San Ginés], que ha de identificarse con la de Bordadores actual. Fabricio de Mora ya me salió al paso en otra ocasión. Fué panadero de Carlos Manuel, Príncipe de Saboya (1580-1630), casado con la Infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II y de Isabel de Valois, y vivía aún en 1618. Pero en esta fecha habitaba en la calle de las Hileras, enfrente del dorador José Gaitán de Aristay. (Véase Entrambasaguas: *Noticias de algunos entalladores, doradores y ensambladores que trabajaron en Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII*. Madrid, 1931, pág. 7.)

(3) Cfr. Rennert y Castro: *Ob. cit.*, págs. 178 y 185.

del Campo, calceteros, Andrés de Cuenca, sastre; Juan Ocar y Tomás Fernández, dejando por su heredera universal de lo que quedara de sus bienes, pagadas mandas y deudas—que poco sería—, a Juana de Aragón, su tía, y encargando especialmente, con un afán obsesionante de salvación ultraterrena, sus funerales, misas y aniversarios, sin reparar en lo maltrecho de su hacienda (1).

Entre las mandas especiales, que habían de satisfacerse casi por entero con la venta de su casa—seguramente hipotecada—, que se haría sin prisas, para sacar el mayor producto posible, figuraban cien ducados para su marido, que éste no había de reclamar ni pedir en forma alguna hasta que se le dieran por los albaceas—Juana de Aragón y su marido Fabricio de Mora—, so pena de perderlos si molestaba de cualquier modo. Tampoco podía exigir otros bienes, porque, no habiendo tenido durante el matrimonio gananciales ningunos, sino pérdidas, respecto de la hacienda que quedaba «no tenía que ver en ello».

Las otras mandas revelan la situación económica a que habían llegado. Unas eran deudas: a un cervecero llamado Anes (2), ocho reales que le debía; otros cinco al panadero Alonso de Cuéllar, que, por haber muerto el acreedor, se habían de emplear en misas; a la mujer de cierto Martín de Velasco, cinco reales; a una pastelera, seis reales. Otros eran empeños realizados: una cama completa de cotonía que había de recobrarse pagando cincuenta reales a Ortega, «maestro de hacer carros»; un manto «de lana de seda», en prenda de cinco ducados, a Jacomina, flamenca; un ferreruelo de paño negro, sobre el que dió ocho reales el calcetero Brizuela. Pero los principales prestamistas fueron una tal Marirroja y su marido Francisco de Barahona, que, a cambio de dos sábanas y un jubón, entregaron seis, siete y ocho reales, respectivamente, en ocasiones distintas. Y no debían haber tratado mal a la deudora, porque, «por sus buenas obras», les dejaba cincuenta ducados, más otros cincuenta que les debía por habérselos dejado al morir Jaques de Amberes, en cuyo entierro, por cierto, ya había tenido que ayudar a María de Aragón, pagando veintidós ducados, su

(1) Véase el *Apéndice documental*, VI.

(2) ¿Será este Anes un tal Jerónimo Hailes, inglés que fabricaba en Madrid cerveza desde hacía tiempo, en 1611? (Véase Herrero-García: *La vida española del siglo XVII.*—I. *Las bebidas.* Madrid, 1933, pág. 219.)

tío Fabricio de Mora, a quien también debían algunos maravedís ella y su marido Uquer (1).

Por el testamento sabemos que María de Aragón no sabía escribir, lo cual era peculiar de las mujeres de aquella época—salvo excepciones—, en todos los órdenes sociales.

Mandó asimismo que se la enterrara en el convento de Carmelitas descalzos de San Hermenegildo, hoy iglesia de San José, en la calle de Alcalá, en una sepultura enfrente del altar de Nuestra Señora del Carmen, donde debemos suponer que yace.

A esta serie de miserias prosaicas vinieron a parar los amores de Lope de Vega con María de Aragón. ¿Los primeros que fueron algo más que devaneos? ¡Quién sabe! ¡Cualquiera puede asegurar que no se revelen otros nuevos, inesperadamente, como éstos! No salió de ellos el poeta muy airoso, ni tardó mucho tampoco en pagar con creces su donjuanismo, esclavizado de Elena Osorio.

Pero aún su castigo, con el tiempo, fué más doloroso. El deshizo el hogar de una familia feliz por un deseo arrollador y un amor a flor de piel, mas también gustó las hieles de esta desgracia. Pensando esto se me viene a la memoria la escena amarga y dolorosa de otro hogar destruído también, de un «huerto deshecho», de aquella casa de la calle de Francos, donde mucho más tarde otro galán, Cristóbal Tenorio, sembró el dolor raptando a Antonia Clara, la hija más amada del poeta, y donde éste lloraría con lágrimas de arrepentimiento los días solitarios de su vejez, aterrado por los fantasmas de los recuerdos...

3.

En páginas anteriores, sirviéndome de unos documentos hasta ahora inéditos y haciendo conjeturas más o menos posibles, pero lícitas y fundadas, sobre los datos existentes, he reconstruído, con el detalle que me ha sido factible, los desconocidos amores de Lope con María de Aragón.

De intento me he limitado a exponerlos en su aspecto pura-

(1) Véase el *Apéndice documental*, VI.

mente documental e histórico, sin valerme de las aportaciones que fuentes literarias pudieran añadir a los datos fehacientes. Ni aun he querido apoyar en ellos algunas conjeturas, de las hechas a vista de los documentos, que hallan plena base y elocuente confirmación en escritos del *Fénix*.

La causa ha sido el deseo de que en todo momento se pueda separar la historia de la interpretación autobiográfica de las obras de Lope.

Ahora bien: en lo que sigue trataré de fijar y ampliar, como ya dije, las noticias biográficas de Lope antes expuestas, con las alusiones encubiertas que hay en sus obras, especialmente en *La Dorotea*.

La identificación de María de Aragón con *Marfisa* no ofrece lugar a dudas, aparte la similitud de nombres (1), teniendo en cuenta la fecha de sus amores con Lope, casi simultáneos con los de Elena Osorio, como en *La Dorotea*, guardan igual coetaneidad con los de la protagonista. Pero esta similitud no quiere decir que hayamos de aceptar íntegramente como veraz el contenido de *La Dorotea*. Que Lope reflejó en ella su vida, o, mejor dicho, lo más grato al recuerdo de su vida, no cabe dudarlo, como se dijo; pero también que esta vida reflejada en *La Dorotea* aparece idealizada y deformada estéticamente, cuando conviene, por una espléndida creación literaria.

Voy a prescindir, para no complicar el tema, de los azares de la vida de Lope hasta que llega a Madrid, desde Alcalá, como él parece indicar, o de donde fuera, que aún estos años de la vida del poeta se pierden en lejanías más que dudosas.

Vayamos siguiendo el relato de *La Dorotea*, a la vez que inten-

---

(1) Nada se opone a que *Marfisa* sea una sustitución poética de *Maía*, que recuerda, con vaguedad fonéticamente. Lope tuvo presente esta misma similitud entre *Marta* de Nevares y *Amarilis*, y la hallaba igual en *Marfisa*, según este pasaje de *La Dorotea* (Ed. cit.):

MARFISA. ¡Qué cortesano estilo!

CLARA. ¡Y qué descortés contigo! Pero dime, señora: ¿de cuándo acá se llama esta señora Amarilis? Dorotilis había de decir; que a ti, como a Marfisa, te tocó siempre ese nombre [Amarilis].

(Acto IV, esc. VII.)

taré destacar—basándome en lo que ya se conoce—aquello que pudiera ser fiel reflejo de la realidad deformada literariamente y la pura invención literaria, según todas las probabilidades.

Al regresar Lope a Madrid vino a casa de una parienta suya, que pudiera ser tal vez Juana de Aragón, la mujer de Fabricio de Mora. Uno de los dos podrá estar emparentado con la familia de Lope, más o menos lejanamente. Lope afirma que ella. Al menos eran vecinos de su familia, como hemos visto. En ese caso, María de Aragón estaría viviendo por alguna razón en casa de su tía:

«FERNANDO — Volví a la corte, y a su casa de una señora, deuda mía, rica y liberal (1), que tuvo gusto de favorecerme.

FELIPA — Tuvo muy buen gusto.

FERNANDO — Tenía una hija de quince años, cuando yo tenía diez y siete y una sobrina de poco menos que los míos (2): con cualquiera de las dos pudiera estar casado, pero guardábame mi desdicha para diferente fortuna. Las galas y la ociosidad (cuchillo de la virtud y noche del entendimiento) me divirtieron luego de mis primeros estudios, siendo no pequeña causa poner los ojos en Marfisa; así se llamaba la sobrina de esta señora, y ella Lisarda (3). Este amor aumentaba el trato, como siempre; mas en medio de esta voluntad, que por mi cortesía y poca malicia no dió fuego, la casaron con un hombre mayor y letrado, aunque no el mayor letrado, pero muy rico. El día que el referido jurisconsulto la llevó a su casa, hice la

(1) Sabiendo lo que sabemos de cómo Juana de Aragón, con medios de fortuna, auxilió a sus sobrinos, parece que este juicio le conviene perfectamente.

(2) Según esto, María de Aragón pudo nacer en 1564—no más de dos años serían los que la llevaba Lope—, y cuando murió, en 1608, tenía unos cuarenta y cuatro años aproximadamente.

(3) Si esta señora ha de identificarse, como parece con Juana de Aragón, hay que confesar cómo el nombre poético nada recuerda del suyo propio.

> salva a su boca, porque no le matase el veneno que llevaba en ella con el disgusto de la violencia, y lloramos los dos detrás de una puerta, mezclando las palabras con las lágrimas; tanto, que apenas supiera quien nos mirara cuáles eran las lágrimas o las palabras» (1).

Nada de lo que se refiere al casamiento de *Marfisa* tiene fundamento en relación con María de Aragón, como se ha visto. Dos cosas pudieron suceder aquí: que Lope hiciera una superposición de hechos aplicables a otra persona, o que sea todo—y es lo más razonable—pura invención literaria. Igual puede decirse del pasaje que sigue, salvo en que al dejar sus relaciones con *Marfisa* comenzó las de *Dorotea*.

No me inclino a creer que fueran simultáneos ambos amores, como Lope sostiene, sino sucesivos. Nótese que en el famoso proceso de 1587 nada se dice de intervención de otra dama, lo cual parecía obligado en caso contrario. Pero sigamos la narración de *La Dorotea*:

«FELIPA ¿En qué paró la señora novia?

FERNANDO En que el negro esposo se olvidó de la edad y se acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio perdió la vida en la empresa como buen caballero.

FELIPA *La vida del puerco, corta y gorda.*

FERNANDO Volvieron a Marfisa a casa, y no el dote, porque sin él la quiso (2); que hay muertes que se quieren de balde más que vidas por dineros.

FELIPA Bravas fiestas haríades a su venida.

---

(1) *La Dorotea* (acto IV, escena primera). (En todos los textos que transcribo sigo la citada edición de Juliá Martínez.) Millé y Giménez (*Ob. cit.*, página 54) desconfiaba de la veracidad de este relato, con razón.

(2) He aquí una nota que conviene a la boda de María de Aragón con Uquer. Pero ¿pensó Lope en esto, o sólo fué un recurso para hacer el chiste que sigue?

FERNANDO — Ningunas, cierto; que el día de su boda me trujo un grande amigo un recado de una dama desta corte (1).

Esta dama es *Dorotea*, como se comprende fácilmente, y su «grande amigo», cualquiera de aquellos balas perdidas que se reunían con el poeta en su primera época de Madrid. Más adelante se vuelve al tema:

«FELIPA — ¿Fuistes en efecto a verla el mismo día de la boda de Marfisa?

FERNANDO — Púseme lo mejor que tuve y lo más galán que supe y fuí a verla con todas las circunstancias de pretendiente, mesura, olor y aseo.»

.....

«FERNANDO — Este día de la boda de Marfisa fuí galán, como dije: tanto, que se trocaron los efectos, porque yo parecía el desposado, y el novio el suegro.

JULIO — Sólo os diferenciaríades en que todos los desposados se hacen la barba, porque vos no la tendríades. Pero, ¡qué gentil sentimiento de la dama que se casaba! ¡Ay, hombres! ¡Qué presto se le enjugaron las lágrimas y se le olvidó la salva de la boca a la sombra de la puerta!

FERNANDO — *Pues ¿qué queríades?* ¡Qué gentil necedad fuera matarme yo cuando ella estaba en brazos de su marido!

FELIPA — Tenelda lástima, que es milagro del cielo haber conformidad en edades desiguales, de que han nacido muchas veces tristes sucesos.

FERNANDO — Para tristes sucesos no es menester la desigualdad de las edades, sino de las condiciones» (2).

---

(1) *La Dorotea* (acto IV, escena I).

(2) *La Dorotea* (acto IV, escena I).

Nuevamente Lope fantasea en esto lo que le parece; pero, a la vez, responden los conceptos a los sentimientos de su alma. Respecto a sus relaciones con *Marfisa*, es preciso entresacar las coincidencias verídicas del relato de *La Dorotea*, desentendiéndose de todo lo relativo al supuesto viaje a Sevilla, introducido a capricho en la narración, que encubre, muy variado, algún viaje de los que hizo Lope por aquella época (1).

Podemos admitir que Lope vivió en casa de *Marfisa*, es decir, de su tía--según se indica en los pasajes transcritos y en algún otro (2)--, y que con Marfisa pasó parte de sus primeros años, como se deduce de estos fragmentos del diálogo:

«JULIO — No me desagrada que te ausentes; pero, ¿con qué dinero?

FERNANDO — Marfisa, a quien siempre he despreciado, aunque nos habemos criado juntos, y que la dejé injustamente por esta ingrata [Dorotea], socorrerá nuestra necesidad liberalmente» (3).

. . . . . .

«MARFISA — ¿Cuándo fué mío? [Don Fernando]. Pues con habernos criado juntos, aún no he merecido más amor que la llaneza de tratarnos sin cumplimientos» (4).

. . . . . .

«FERNANDO — Criámonos juntos Marfisa y yo, como otras veces habéis oído; y aunque es verdad que fué el primer sujeto de mi amor en la primavera de mis años, su malogrado casamiento y la hermosura de Dorotea me olvidaron a un tiempo de sus méritos, como si jamás la hubieran visto mis ojos» (5).

---

(1) Véase Rennert y Castro: *Obr. cit.* pág. 29. Muy bien pudiera disfrazarse en él su ida a Salamanca a estudiar, idea sugerida por el P. Hornedo. En ese caso coincidirían con la realidad algunos puntos de la conversación que al regresar de Sevilla *Fernando* tiene con *Marfisa*, reproducida más adelante.

(2) Cfr. *La Dorotea* (acto I, escena VI).

(3) *La Dorotea* (acto I, escena V).

(4) *La Dorotea* (acto I, escena VI).

(5) *La Dorotea* (acto V, escena III).

Muy bien pudo ser cierto que en un principio sólo existiese entre *Marfisa*—María de Aragón—y *Fernando*—Lope—un puro sentimiento de afecto mutuo, a lo más un sencillo galanteo. El poeta lo afirma, a la vez que la facilidad con que consiguió a *Dorotea*:

«FELIPA ¿Y Marfisa?

FERNANDO Era amor venial, y fué menester poca diligencia, y menos para Dorotea; pues yo pudiera decir lo que el excelente poeta Vicente Espinel dijo por la facilidad de la hermosa Ero:

De Ero murmuráis, yo lo sé cierto,
que fué muy blanda en el primer concierto...» (1).

Pero, ¡bueno era Lope para quedarse en esto! Al poco tiempo, la pobre Marfisa sucumbiría al cerco de los requerimientos del poeta. Lo relata de forma que no sabe uno, al leerlo, si se trata de una increíble ingenuidad y franqueza o del más escandaloso cinismo:

«FERNANDO Entretenía yo a Marfisa; pero vanamente, porque luego conoció mi engaño, si bien lo toleraba cuerda, por no darme a entender que la desestimaba; de suerte que entre los dos vivía el amistad por cuenta de la llaneza y de la crianza.

CÉSAR ¡Qué prudente mujer!, o no estaba celosa.

FERNANDO Yo, César, después de lo referido, como el arte se hace de muchas experiencias, y la tenía tan grande por cinco cursos en la universidad de amor, peregrino estudiante, hice resolución de amar a Marfisa sin dejar a Dorotea, hasta que con el trato y el favor de mi buen deseo convaleciese de todo punto.»

.....

(1) *La Dorotea* (acto IV, escena I).

«FERNANDO Como Dorotea no penetraba la causa, dormían los celos, engañados del agravio que resultaba en mi honor de la amistad injusta de don Bela; y no se engañaba, en parte, pues era la ocasión por que yo intentaba aborrecerla, con las prevenciones de los remedios fundados en la asistencia a la hermosura y entendimiento de Marfisa, que aunque no era con las gracias de Dorotea, tenía más de señora y de recatada. Bien quisiera Dorotea quererme solo; pero ya no podía ser, ni el interés la dejaba» (1).

Lope, pues, conseguiría de *Marfisa* cuanto se propusiera. Serían entonces los últimos días del invierno de 1580. No parece que aquí Lope se saliera mucho de la realidad. Esta parte de su relato tiene visos verídicos y evidentes coincidencias con los datos que se conocen documentalmente. Ahora bien; todo aquel enredo acabó por descubrirse. Hay una alusión curiosísima, que tiene más señas de exactitud histórica que de casualidad. Quien a *Marfisa* le cuenta los amores de *Fernando* con *Dorotea* es un tal *Fabricio*, amigo del poeta, que *Marfisa* supone enamorado tal vez de ella (2), y dejando aparte estas circunstancias de puro atuendo literario, bien pudo ser Fabricio de Mora, el tío de María de Aragón—*Marfisa*—, quien contara a ésta cómo Lope la era infiel.

Marfisa, antes de saber esto, había ayudado a *Fernando*—Lope—para el fingido viaje a Sevilla. Y si no es cierto que éste se realizara, que *Marfisa* le auxiliara con dinero es muy posible. Véase la escena:

«FERNANDO Mira si tienes qué darme, que me voy a Sevilla mientras pasa esta furia; porque temo que sepan quién lo ha hecho o que me conozca el que ha quedado vivo (3).

---

(1) *La Dorotea* (acto V, escena III).

(2) *La Dorotea* (acto IV, escena VII).

(3) No ha de olvidarse que en la trama de la obra, fantástica en este caso, figura *Fernando* haber matado en riña a un hombre. Véase además lo que dice aquél en el acto IV, escena I, de *La Dorotea* misma.

MARFISA ¡Triste de mí! Que, si no son mis joyuelas, no tengo otra cosa que darte; pero piérdanse, pues te pierdo, que eras mi mejor joya. Estas arracadas tienen diez diamantes...

FERNANDO No te las quites, Marfisa.

MARFISA Quien no ha de oír tus palabras, ¿para qué quiere galas en los oídos? Voy por mis cadenas y lo demás que tenga algún valor.»

Y al regresar de buscar las joyas:

«MARFISA Mis cofres he revuelto, y cuanto he hallado que sea oro llevas en este lienzo» (1).

Todo esto tiene trazas de ser verídico, aunque no con las causas y circunstancias que se indican. Algo análogo le acaeció con Dorotea, es decir, con *Filis* o Elena Osorio (2), pues para el *Fénix* todo era lícito, según las necesidades que tenía.

Pero Lope ha de introducir de continuo su imaginación en la creación literaria, y cuando al fin *Marfisa* conoce los amores de *Fernando* y *Dorotea*, surgen episodios de sola invención que complican el argumento. Nada hay aquí de cierto, a buen seguro. Es una trama dramática, simplemente, que nos sale al paso en innumerables comedias de la época:

«FERNANDO ... Sabed, César, que Marfisa tuvo gusto de hacerme una camisa que fué como aquella de la hermosa Dayanira con la sangre del Centauro, aunque faltó en mi suceso la imitación de Alcides.

CÉSAR Pues ¿a qué propósito?

FERNANDO Para que saliese galán de randas amarillas o amacigadas, uso nuevo, como habéis visto. Esto me previno con un papel que decía así:

«Si no temes que te pida cuenta la señora

(1) *La Dorotea* (acto I, escena VI).

(2) Véase Amezúa: *En el tercer centenario de «La Dorotea», de Lope de Vega* (1632-1932). Madrid, 1933 (pág. 13).

Dorotea de la novedad de una camisa que te estoy acabando, dame licencia, Fernando, que te la envíe; que bien merezco que me des este gusto por la sangre que me han sacado las agujas, divertida en que te la has de poner; pero si ha de ser para descomponer vuestra paz, dejaréla comenzada, que no quiero ser causa de que riña contigo, envidiosa de las diligencias que has de hacer para desenojarla.»

.....

«FERNANDO — En la porfía de no tomar el presente venció Marfisa, y acabada la camisa por sus manos, cuya labor competía con la hermosura, enviómela con una esclava y con un papel que habiéndole leído y respondido, puse en la faltriquera con descuido. ¡Oh, cuánto cuidado quieren papeles!»

.....

«FERNANDO — Llegó la noche de aquel día, y, escribiendo a Dorotea, puse el papel en el mismo lugar que estaba el de Marfisa, y al darle a Celia se trocaron de suerte que le di el de Marfisa y me volví con el de Dorotea.»

«FERNANDO — . . No bien me acostaba para esperar la mañana, en que Dorotea, por el que me diera suyo cuando di a Celia el papel de Marfisa, prometía verme cuando los golpes de la ventana y Julio me advirtieron de que estaban allí Felipa y Celia. Pensé que me había pasado la noche en esta imaginación y que venía Dorotea al concierto: lo fué tan al contrario, que, entrando las dos que digo, me enseñaron el papel de Marfisa y me dijeron que no había sido en mí descuido, sino desprecio, añadiendo todas las injurias que las enseñó la ira y las permitió mi modestia.»

.....

«FERNANDO — Fueron y vinieron papeles de una parte a otra, y llegó a extremo lo abrasado de Dorotea, que

se contentaba, para las paces, con que le diese la camisa o la rasgase a sus ojos. Esta satisfacción me pareció indigna de mi obligación a mujer tan principal como Marfisa, y no habiendo remedio de otra suerte para confirmar las paces, de que a mí ya se me daba menos»... ... «Púseme, en fin, la camisa, en el más festivo día que tiene el año. No podía determinar Dorotea, desde una ventana donde estaba, la color de las randas, y con súbita pasión de celos bajó a la calle, y entre la confusión de la gente, que iba mirando las telas y imágenes de que estaba adornada, llegó adonde yo iba con otros amigos, siguiendo a Marfisa y olvidando a Dorotea. Referiros el coloquio era cansaros. Habló con celos, respondió sin amor; fuése corrida y quedé vengado, y más cuando vi las lagrimillas, ya no perlas, que pedían favor a las pestañas para que no las dejasen caer al rostro, ya no jazmines, ya no claveles.

CÉSAR — No lo creyera menos que de vuestra boca. ¿Y continuáis el amor de Marfisa?

FERNANDO — Con el mayor que puedo le agradezco haber sido el templo de mi remedio, la imagen de mi salud y el último asilo de mis desgracias» (1).

Mas, dejando a un lado esto que yo juzgo literaria invención, salvo en determinadas circunstancias y en algunos rasgos psicológicos de los personajes que intervienen, lo evidente—y nada tiene de extraño—es que *Marfisa* conoció a *Dorotea*, que debía de ser ésta más hermosa que ella (2), si bien Lope urdió sobre la realidad otro episodio de comedia, cuya fantasía no necesita ni ponerse en tela de juicio. Según eso, supone que *Marfisa* fué a casa de *Dorotea* fingiéndose una campesina y so pretexto de pe-

(1) *La Dorotea* (acto V, escena III).
(2) Cfr. *La Dorotea* (acto I, escena VI).

dir agua, para averiguar al detalle e impedir las relaciones de *Fernando*—Lope—con ella (1). Y también que hubo celos entre ambas. *Dorotea* exclama con desesperación, contemplando el retrato de *Fernando*, hecho por el famoso Felipe de Liaño:

«... Con estos ojos miráis a Marfisa y con esta boca me engañáis a mí: ¡qué mucho que ella os quiera y que padezca yo!» «... Aquel beso que nació en mis labios con el enamorado anhélito de sus suspiros sirve a los de Marfisa de lisonja, entre los requiebros de sus amores y la burla de mis verdades.» ...«Que sólo parezco hermosa en ser desdichada, como Marfisa parece que no lo es en ser dichosa. Mas ¿para qué llamo yo dichosa a quien tan presto mudará de fortuna la inconstante naturaleza de los hombres? Porque si agora esta victoria la provoca a risa, desde los acentos della la convido a la misma lágrimas» (2).

Estos celos, por otra parte, los sentía respecto de *Dorotea* su nuevo amante, a la vez que *Dorotea* se preocupaba por *Fernando* y *Gerarda* se lo avisaba:

«... Don Bela está celoso; no sé qué le han dicho, y él lo ha visto en tu tristeza; si él te deja y Fernandillo se está con su Marfisa, ¿qué has de hacer, *mano sobre mano, como mujer de escribano?*» (3).

También *Gerarda* atizaba el fuego contra *Fernando*, destacando ante *Dorotea* las faltas de éste. Como no recibiera *Dorotea* explicaciones de los amores de él con *Marfisa*, le murmuraba insistente:

«¿Tienes algún papel humilde de Don Fernando? ¿Quiere venir a verte? ¿Date satisfacción de los agravios de Marfisa?» (4).

Lope, o *Fernando*, por su parte, mantenía una situación equívoca, que prolongó cuanto pudo. En esta escena puede verse este

---

(1) Cfr. *La Dorotea* (acto II, escena III, y acto IV, escena III).
(2) *La Dorotea* (acto V, escena IV).
(3) *La Dorotea* (acto V, escena VI).
(4) *La Dorotea* (acto V, escena X).

equilibrio descarado, este estira y afloja amoroso en que sólo él dominaba como quería:

«CÉSAR ... Era el Prado un jardín de caballeros y damas, donde fué notable la bizarría del Duque de Pastrana, Príncipe de Asculi y Conde de Castañeda; y entre las señoras, la marquesa de Auñón, D.ª Antonia de Bolaños y D.ª Isabel Manrique.

FERNANDO Habéis nombrado las tres gracias hijas de Júpiter y compañeras de Venus; y si hubiera de añadir la cuarta, como lo hicieron Homero y Estacio, poned a Marfisa en lugar de Pasitea. Esas son las tres diosas de la competencia de Paris.

A Marfisa daremos también el premio, que ya no me parece que gustaréis de que le tenga Dorotea.

DO Yo os aseguro que no faltó ese día del Prado; que, fuera de la primera jerarquía de las damas, no cedería ventaja a Lucrecia romana ni a la troyana Helena.

CÉSAR Allí anduvo, a lo que yo sospecho, deseosa de daros celos con nuevas galas.

FERNANDO Y es tarde, César...» (1).

Su amigote *César*—acaso, como se dijo, su cuñado Luis Rosicler—comprendía bien el resultado de este tejemaneje de *Fernando*—Lope—y las consecuencias que podría traer:

«¡Plega a Dios, Fernando, que os portéis de suerte que se den por vencidas vuestras estrellas de la virtud de vuestro albedrío, contra el cual ninguna cosa es fuerte, sino él mismo! Que no hay Theórica de planetas contra la virtud invencible, freno poderoso, de las invasiones molestas del apetito, cuyos efectos vencieron con ella tantos filósofos. Pero si este sagrado se llama la señora Marfisa y

(1) *La Dorotea* (acto V, escena III).

la virtud desta defensa dar ocasión a Dorotea para desesperados celos, nunca os tendré por seguro; que, aunque no lo advirtiera Juvenal, es infalible que ningún animal (por fiero que sea) gusta más de la venganza que la mujer» (1).

Efectivamente, *Marfisa*, ya enterada por *Fabricio* de todo y desengañada del amor de *Fernando*, le recriminó cuanto había hecho con ella. Lope, como verdadero protagonista de *La Dorotea*, finge que sucede este encuentro cuando regresa *Fernando* de Sevilla—ya he hablado del papel casi puramente literario que juega este fantástico viaje—; pero, como es natural, es fácil entrever que las ausensias de Lope, o *Fernando*, ocupado en la conquista de *Dorotea* darían que sospechar a *Marfisa*, o María de Aragón, y ésta le buscaría para expresarle lo que en este pasaje se reproduce, quizá con bastante cercanía a la realidad:

«FERNANDO ¡Jesús! Marfisa, mi bien, mi señora. ¡Tú a mi puerta! ¿Cómo había yo de hallarte? Que apenas nos quitamos las espuelas cuando fuimos a verte. ¿No es verdad, Julio?»

.....

«MARFISA Ocho días ha que estás en Madrid; no sé si diga ochenta.

FERNANDO ¡Qué disparate! Lo que ha que vine, he andado huyendo de la justicia.

JULIO Y siempre por los arrabales recónditos.

MARFISA ¿Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el mercurio de tus embajadas, la capa de tus traiciones, a echarnos bernardinas?

JULIO Eso merezco yo por los consejos saludables que le he dado para que se te muestre agradecido, y el haber venido todo el camino hablando a Don Fernando en tu hermosura, entendimiento y gracia; tanto, que una noche le hice componer unos versos al sentimiento de tu partida.

---

(1) *La Dorotea* (acto V, escena VIII).

MARFISA — Infame: esos versos para Dorotea, su lindísima dama, se escribieron; la del hábito cándido y el escapulario celeste; la del indiano rico, por quien le ha dejado como merece. ¡Esa sí es digna destos encarecimientos, por firme, por leal, por desinteresada! Para sus celos di yo mi oro, como verdadera y necia, como mujer de bien que se crió contigo, martirio de mi inocencia. ¡Oh mujeres honradas, qué poco merecéis el amor de tales hombres!» ...«Mal hayan mis pensamientos, mis quimeras y cuanto he padecido por ti con mis tíos y con mis...» (1).

«FERNANDO — Marfisa, yo veo claramente la razón que tú ves. Corrido, confuso y arrepentido me pusiera a tus pies y te diera esta daga para que me pasaras mil veces el pecho, si no estuviéramos en la calle. Entra, mi solo bien; que has de ser mi verdadero amor, a pesar de mis mal empleadas locuras, o no he de tener honra ni ser hijo de mis padres. Entra.

MARFISA — No lo verán tus ojos; no más burlas. Muchas lágrimas me cuestas, Fernando, muchos trabajos, dulce enemigo mío: ya no puede mi sufrimiento hallar disculpa a tantas sinrazones. Sólo te suplico por nuestra crianza y por aquella ternura con que nos prometimos la fe que tan mal han logrado mis desdichas y tus mal empleadas imaginaciones, que si hallares nuevas de aquella prenda tuya expósito del furor de mis parientes, me des aviso y licencia para poder cobrarlle (2).

---

(1) No acaba *Marfisa* su peroración en la obra. Pero no es difícil averiguar que, siendo María de Aragón, diría «mis padres». Aquí puede haber otro dato más para ver que tal vez—se ignora por qué causa—buen transcurso de los amores de Lope con María de Aragón no estuvo ésta en casa de sus padres, sino en la de sus tíos, que estarían más enterados de la cuestión, hasta que el escándalo descubriera todo a los Aragón.

(2) *La Dorotea* (acto IV, escena VIII).